

100 MITOS DE  
LA HISTORIA  
DE MÉXICO

I

Francisco Martín Moreno

AGUILAR

## LA VIRGEN DE GUADALUPE EXISTE

---

EN DICIEMBRE DE CADA AÑO millones de mexicanos se martirizan para rendir pleitesía a la patrona de México: algunos se hieren el cuerpo, otros caminan hasta el desfallecimiento y otros más avanzan de rodillas, a lo largo de la Calzada de los Misterios o frente al altar, con la esperanza de que sus problemas se resuelvan. Los peregrinos llegan de muchos lugares: la mayoría han caminado desde los rincones más remotos del país, otros proceden de los Estados Unidos o de Centroamérica. Los peregrinos llevan de la mano a sus parientes enfermos —tal vez incurables—, a sus hijos, o incluso a sus animales, para que sean bendecidos. Y mientras esto ocurre algunos artistas —aprovechando la ocasión— incrementan su popularidad cantándole “Las Mañanitas” a la Guadalupana.

Los peregrinos se gastan lo que no tienen durante el viaje y terminan de empobrecerse cuando depositan en los cepos las monedas que ganaron sudando sangre. Las arcas de la basílica reciben toneladas de monedas, billetes de todas las denominaciones, la mayoría extraídos de un des-

gastadísimo paliacate, y hasta cheques con olor a lavanda inglesa. El destino de estas sumas de dinero siempre ha sido incierto, aunque la vida de los abades de la basílica, por lo general, ha distado mucho del ideal franciscano, que exige votos de pobreza, de castidad y de humildad (¿pero quién los practica hoy en día, sobre todo el de la castidad?)

Oficialmente, la virgen de Guadalupe merece esta veneración y más: ella guió al cura Miguel Hidalgo en su lucha por la libertad, también le dio nombre al plan que enarboló Venustiano Carranza en contra de Victoriano Huerta y bendijo la lucha zapatista; asimismo, se dice, ella ha realizado un sinnúmero de milagros en favor de sus fieles devotos... Sin embargo, los mexicanos —en este y en otros casos— en realidad sólo se arrodillan ante un mito que es necesario develar.

#### LOS PROTAGONISTAS: LA PRIMERA MENTIRA

Adentrémonos por un momento en la historia oficial del aparicionismo. En el *Nican mopohua* —el documento más importante del mito guadalupano— se afirma que en diciembre de 1531 la virgen se le reveló a Juan Diego, y que le encomendó encontrarse con fray Juan de Zumárraga para que el entonces obispo ordenara la construcción de su “casita sagrada”. La crónica de los hechos también nos dice que el sacerdote no le creyó a Juan Diego y que le exigió una prueba de sus dichos; así, unos días después el indígena volvió a presentarse ante Zumárraga y desplegó su ayate, de donde cayeron cientos de rosas, dejando ver la imagen que la divinidad había pintado en la burda tela.

El milagro se había realizado y la aparición de la virgen se convirtió en una verdad a toda prueba.

Hasta aquí parecería que no hay falsedad, pero un análisis histórico de estos hechos revela cuando menos dos graves mentiras: Zumárraga, uno de los clérigos que estuvo a punto de perder su cargo por asesinar indígenas, nunca creyó en la aparición ni dejó prueba de ella, pues en su *Regla cristiana*, libro que publicó dieciséis años después de los hechos narrados en el *Nican mopohua* escribió algunas palabras que ponen en entredicho el milagro del Tepeyac: “¿Por qué ya no ocurren milagros? [...] porque piensa el Redentor del mundo que ya no son menester”.

Si fray Juan de Zumárraga hubiera atestiguado la aparición guadalupana —un milagro más allá de todas las suspicacias— no habría afirmado que “ya no ocurren milagros” y habría dedicado muchas páginas a la defensa de la aparición, algo que nunca hizo. Zumárraga, a pesar de los afanes de la alta jerarquía católica, deseosa de exterminar a las deidades precolombinas, queda descartado como protagonista de los hechos: él mismo negó la existencia de los milagros y nunca escribió una sola palabra sobre la Guadalupeana.

Pasemos a la segunda mentira: si el *Nican mopohua* dice la verdad, Juan Diego sí existió y su tilma prueba el milagro. Sin embargo, durante más de tres siglos los historiadores guadalupanos no han logrado ponerse de acuerdo en tres hechos cruciales: 1) dónde nació este indígena, pues el lugar de su alumbramiento se lo han disputado Cuautitlán, San Juanico, Tulpetlac y Tlatelolco, 2) cuándo nació, pues nunca se ha encontrado su fe de bautizo ni tampoco un solo documento contemporáneo que dé cuenta de él, y 3) si en verdad existió el personaje, pues en 1982 Sandro Co-

rradinni, el relator de la Congregación para la Causa de los Santos, sostuvo que: “de Juan Diego no hay nada. La virgen de Guadalupe es un mito con el que los franciscanos evangelizaron a México. Juan Diego no existió” (revista *Proceso* núm. 699). Contra lo que podría suponerse, las dudas sobre la existencia de Juan Diego no fueron presentadas sólo por la Congregación para la Causa de los Santos: en la propia basílica, monseñor Schulemburg se opuso a la canonización del indígena con un argumento que fue muy criticado: se podía ser guadalupano sin creer en la aparición ni en la existencia de Juan Diego. Aunque la opinión de Schulemburg —debido a su condición de abad del templo— puede ser puesta en entredicho, no puede hacerse lo mismo con los argumentos de uno de los principales intelectuales de la iglesia católica de nuestro país: Miguel Olimón Nolasco, quien negó la existencia de Juan Diego con un argumento digno de ser transcrito:

primero se tomó la decisión de canonizarlo a como diera lugar y después se acomodaron las piezas para respaldar con supuestas pruebas históricas su existencia y milagros. Los encargados de llevar a buen fin la causa de Juan Diego hicieron lo que los buenos historiadores no deben hacer: recurrieron a lo que E.H. Carr, en su clásico *¿Qué es la historia?*, llama el método de tijeras y engrudo, consistente en recortar de aquí y allá y pegar lo recortado para que aparezca como un todo armonioso para así demostrar lo que a uno le venga en gana (diario *La Jornada*, 23 de enero de 2002).

La conclusión es clara, indubitable: los propios sacerdotes guadalupanos no creen en la aparición ni en la existencia de Juan Diego.

Efectivamente, si Zumárraga no dejó una sola palabra escrita sobre la aparición y desconfiaba de los milagros, y si Juan Diego —según las autoridades eclesiásticas que fueron silenciadas para lograr la santificación del indígena— tampoco existió, no queda más remedio que asumir que las apariciones del Tepeyac son un mito.

#### LA TILMA: LA SEGUNDA MENTIRA

A pesar de lo anterior, algunos historiadores del clero medirán que aunque Zumárraga y Juan Diego nada tuvieron que ver con el mito, la aparición es verdadera, como lo demuestra la tilma. Sin embargo, para su desgracia, el ayate que supuestamente perteneció a Juan Diego tampoco resiste el más mínimo análisis del sentido común y de la historia. Veamos por qué: en la época en que ocurrió la supuesta aparición, los indígenas más pobres seguían usando tilmas o ayates para vestirse. Esta prenda, que se anudaban sobre uno de sus hombros y que les llegaba abajo de las rodillas, generalmente se fabricaba con fibras de maguey. Si Juan Diego existió, con toda seguridad usó una tilma, pero es un hecho que nunca hubiera podido ponerse la tilma que muestra la imagen de la guadalupana, dado que el “ayate” que se exhibe en la basílica mide casi 1.80 metros de alto, es decir que Juan Diego tendría que haber medido casi 2.5 metros de estatura para no arrastrarlo.

Pero los problemas de la tilma no se reducen al desafío del sentido común: el supuesto ayate, a diferencia de uno verdadero, no fue tejido con fibras de ixtle o de agave: en 1982 —a petición del entonces abad de la basílica— el director del Centro Nacional de Registro y Conservación

para Obra Mueble del INBA examinó la tela y descubrió que sus fibras son de lino y cáñamo, lo cual demuestra que no se trata de un burdo ayate, sino de un lienzo de gran calidad y de altísimo valor. Asimismo, las investigaciones revelaron que la supuesta tilma de Juan Diego no fue una prenda de vestir, sino un lienzo preparado para ser pintado, pues tiene una base de sulfato de calcio sobre la cual se aplicaron pinturas al temple.

Por si lo anterior no fuera suficiente, en 1556—año en que se escribió el *Nican mopohua*—se declaró que la supuesta tilma “la pintó un indio el año pasado”. Muy probablemente el indígena en cuestión fue Marcos Cipac de Aquino, quien aprendió su oficio bajo la tutela de fray Pedro de Gante y cuyas obras aún se conservan en los conventos franciscanos de San Francisco y Huejotzingo. En 1934 el pintor Jorge González Camarena decidió comprobar aquella afirmación y comparó dos obras de Marcos Cipac—*La Virgen de la Letanía* (ca. 1531) y el ayate de la virgen de Guadalupe (1555)—, llegando a una conclusión similar a la que se asienta en los documentos de 1556: “las dos pinturas son del mismo autor”.

Después de los hechos presentados, el resumen es obvio: el ayate no es ayate y la imagen que presenta tampoco es resultado de un milagro, sino que es obra de un pintor indígena, quizá de nombre Marcos Cipac de Aquino.

#### LA VIRGEN MEXICANA: LA TERCERA MENTIRA

A estas alturas—cuando Zumárraga, Juan Diego y el ayate ya perdieron su naturaleza milagrosa— aún podría argumentarse que lo antes dicho no tiene valor o que carece de

relevancia, pues la virgen de Guadalupe es mexicanísima, y eso le basta y sobra para merecer la devoción y el sacrificio de nuestro pueblo. De nueva cuenta, esta otra idea es mentira: la virgen de Guadalupe es española y fue uno de los “legados” que Hernán Cortés hizo a la Nueva España.

A comienzos del siglo XII—según cuenta una leyenda española—un vaquero extremeño que respondía al nombre de Gil Cordero encontró en la ribera del río Guadalupe una imagen de la virgen María. La figura, pequeña y *morena*, rápidamente adquirió gran popularidad y su fama traspasó la región: en 1338 Alfonso XI le mandó construir un templo y más de cien años después los Reyes Católicos la declararon “protectora de los indios”. Incluso, hasta donde se sabe por los señalamientos de Salvador de Madariaga, algunos de los indígenas que Colón llevó a España fueron bautizados en aquel templo. Esta advocación de la virgen—que curiosamente también se festeja el 12 de diciembre—llegó a México junto con Hernán Cortés, pues el conquistador traía un estandarte con la imagen que se adoraba en su tierra, Extremadura. Es decir que la virgen de Guadalupe “apareció” en México antes de 1531.

Aunque todos estos hechos podrían verse como una serie de extrañísimas casualidades, es necesario recordar que aquel estandarte se colocó en un pequeño templo que el conquistador mandó construir... ¡en el mismísimo cerro del Tepeyac! De nueva cuenta, las palabras contenidas en el *Nican mopohua*, y que han sido defendidas por los aparicionistas, son una mentira descarada: la Guadalupeana ya tenía “casita sagrada” en el Tepeyac, y por lo tanto no había ninguna razón para pedir que le construyeran “otra casita”. Por si lo anterior no bastara, también tendríamos que aceptar que la mexicanísima virgen de

Guadalupe es, en realidad, la virgen extremeña descubierta por Gil Cordero.

#### LA VIRGEN ES CATÓLICA: LA ÚLTIMA MENTIRA

La presencia del estandarte de Cortés con la españolísima virgen de Guadalupe en el templo del Tepeyac —además de lo antes dicho— también nos lleva a un tema ya tratado por varios historiadores: la Guadalupana, en realidad, no era una novedad religiosa en la Nueva España, sino una diosa prehispánica que fue transfigurada por los sacerdotes luego de la derrota de los aztecas a causa de la viruela.

Efectivamente, una de las acciones políticas que emprendieron los sacerdotes que llegaron a nuestro país fue sustituir a los dioses indígenas con sus deidades. Esto fue lo que sucedió —por ejemplo— con Tláloc, Xochipilli y Huitzilopochtli, que se transformaron, por simple analogía de sus virtudes, en san Juan Bautista, san Isidro Labrador y Jesucristo. Exactamente lo mismo ocurrió con Tonantzin, la madre de dios según la mitología prehispánica, que se adoraba en el Tepeyac en el mes de diciembre. Así pues, la virgen de Guadalupe —además de las otras mentiras— también posee la falsedad de su origen religioso, pues ella —sin duda alguna— es una transfiguración de la diosa Tonantzin de los aztecas, que se consolidó gracias al hallazgo de Cordero.

¿ALGUIEN ESTÁ DISPUESTO A ACEPTAR LA VERDAD?

Aunque los hechos y el sentido común muestran que la virgen de Guadalupe sólo es un mito, la jerarquía eclesiás-

tica y los políticos tienen muy buenas razones para cultivarlo: la iglesia llena sus cepos y domina las conciencias, mientras que el poder embrutece a sus ciudadanos para manipularlos a su antojo. ¿Acaso no valdría la pena abandonar este mito y pensar que nuestro país sólo tiene un patrón: sus ciudadanos?, ¿no sería bueno pensar que la imagen del falso ayate no ha hecho ningún milagro y que éstos han corrido por cuenta de nuestro esfuerzo?, ¿no sería conveniente que dejáramos de pedir milagros y nos pusiéramos a trabajar? Todas estas preguntas, me parece, son importantes, pero la respuesta, querido lector, sólo está en tus manos.

No olvidemos que los mexicanos siempre hemos esperado que un ser omnipotente resuelva nuestros problemas, y ello se ha traducido en inmovilidad, y la inmovilidad en malestar, pasividad, miseria e indolencia. Pero la pasividad se destruye cuando nos enseñan a confiar en nosotros, en nuestras habilidades y capacidades en lugar de pasar la vida elevando plegarias cuyo destino nadie puede garantizar. Esperar que un tercero venga a resolver nuestros problemas nos hunde en el atraso, porque el atraso es consecuencia de la inacción. No esperemos, construyamos. No oremos, trabajemos. No pidamos, conquistemos con coraje nuestro destino.